

Voces relacionadas: Apostolado *ad fidem*; Descripción general del Opus Dei (ver Introducción); Actividad del Opus Dei.

Bibliografía: CONV, 22, 44; ECP, 12-21; *Statuta Operis Dei* o *Codex iuris particularis seu Statuta Praelaturae Sanctae Crucis et Operis Dei*, en OIG, pp. 309-346 y en IJC, pp. 628-657; AVP, III, *passim*; IJC, *passim*; Fernando OCÁRIZ, “La Prelatura del Opus Dei: apostolado “ad fidem” y ecumenismo”, en Eduardo BAURA (ed.), *Estudios sobre la Prelatura del Opus Dei. A los veinticinco años de la Constitución apostólica Ut sit*, Pamplona, EUNSA, 2009, pp. 109-123.

Montserrat GAS AIXENDRI

CORAZÓN

1. El “corazón”, centro de la persona. 2. Amar a Dios con todo el corazón. 3. Tener corazón para todos. 4. Corazón puro. 5. En el corazón de María.

“Me produce una honda alegría considerar que Cristo ha querido ser plenamente hombre, con carne como la nuestra. Me emociona contemplar la maravilla de un Dios que ama con corazón de hombre” (ECP, 107). Estas palabras de san Josemaría pueden servir para exponer sus enseñanzas sobre una realidad que la teología espiritual ha tratado con frecuencia usando el vocablo “corazón”.

“Corazón” (con sus equivalentes en hebreo o en griego) aparece con frecuencia en la Sagrada Escritura, y no simplemente para designar a un órgano concreto del cuerpo humano, sino para aludir a la totalidad del ser humano, con sus pensamientos, deseos, anhelos y decisiones. El propio san Josemaría nos ofrece, en una homilía, un florilegio que confirma lo que acabamos de decir, a la vez que evidencia la raíz última de su pensamiento. “Al corazón pertenecen la alegría: *que se alegre mi corazón en tu socorro* (Sal 12 [Vg 11], 6); el arrepentimiento: *mi corazón es como cera que se derrite dentro de mi pecho* (Sal 21

[Vg 20], 15); la alabanza a Dios: *de mi corazón brota un canto hermoso* (Sal 44 [Vg 43], 2); la decisión para oír al Señor: *está dispuesto mi corazón* (Sal 56 [Vg 55], 3); la vela amorosa: *yo duermo, pero mi corazón vigila* (Cant 5, 2). Y también la duda y el temor: *no se turbe vuestro corazón, creed en mí* (Jn 14, 1). El corazón no sólo siente; también sabe y entiende. La ley de Dios es recibida en el corazón (cfr. Sal 39 [Vg 38], 9), y en él permanece escrita (cfr. Pr 7, 3). Añade también la Escritura: *de la abundancia del corazón habla la boca* (Mt 12, 34). El Señor echó en cara a unos escribas: ¿por qué pensáis mal en vuestros corazones? (Mt 9, 4). Y, para resumir todos los pecados que el hombre puede cometer, dijo: *del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias* (Mt 15, 19)” (ECP, 164).

La tradición teológica y espiritual cristiana ha vuelto con frecuencia a estas ideas, comentándolas desde muchas perspectivas. En la Edad Media, sobre todo a partir de san Bernardo, se produjo una clara acentuación de los aspectos cristológicos, centrando la atención en el Corazón de Jesús, del que brota un amor que es expresión del amor infinito de Dios. A partir de ese momento la devoción al Sagrado Corazón de Jesús se fue extendiendo, recibiendo un impulso especial con santa Margarita María de Alacoque (1647-1690), hasta el punto de llegar a ser, desde entonces hasta nuestros días, una de las líneas devocionales más significativas de la espiritualidad católica.

San Josemaría no sólo conoció, sino que participó personalmente de esa devoción y contribuyó a su difusión, como lo ponen de manifiesto, entre otras muchas cosas, la homilía que le dedicó (cfr. ECP, 162-170) y el hecho de que, en 1952, en momentos difíciles de la historia de la Obra, decidiera consagrar el Opus Dei al Sagrado Corazón de Jesús, pidiendo por

la paz de la Iglesia, del mundo y de todas las almas.

1. El “corazón”, centro de la persona

El “corazón” hace referencia al “centro” de la persona desde el que brota todo pensamiento y toda acción. Es la sede del amor, mucho más que de los sentimientos, como a veces afirman algunos autores. San Josemaría lo señala con claridad: “Cuando hablamos de corazón humano no nos referimos sólo a los sentimientos, aludimos a toda la persona que quiere, que ama y trata a los demás. Y, en el modo de expresarse los hombres, que han recogido las Sagradas Escrituras para que podamos entender así las cosas divinas, el corazón es considerado como el resumen y la fuente, la expresión y el fondo último de los pensamientos, de las palabras, de las acciones. Un hombre vale lo que vale su corazón, podemos decir con lenguaje nuestro (...). Cuando en la Sagrada Escritura se habla del corazón, no se trata de un sentimiento pasajero, que trae la emoción o las lágrimas. Se habla del corazón para referirse a la persona que, como manifestó el mismo Jesucristo, se dirige toda ella – alma y cuerpo– a lo que considera su bien: *porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón* (Mt 6, 21)” (ECP, 164).

“Corazón”, por lo tanto, quiere decir humanidad plena, con el espesor de la emotividad, en armonía con todas las facultades. El propio san Josemaría ejemplificó en su vida lo que significa tener corazón. Dotado de cordialidad, de buen humor, de intuición profunda, de grandes pasiones, sabía manifestar el cariño con concreción, también material, de atención humana. Los que lo trataron testimonian que aquello que conquistaba de él, antes incluso que su profundo mensaje de santificación del trabajo y en el trabajo, era percibir, de forma inmediata y clara, que recibía a cada persona con el corazón; se le sentía aliado, amigo. Con él, ser ayudados para mejorar, ser corregidos de cualquier

defecto, no provocaba humillación, sino estímulo. Por lo demás, lo que traslucía en su persona remitía a una fundamentación más honda que no dejó nunca de explicitar: “Si no aprendemos de Jesús, no amaremos nunca. Si pensásemos, como algunos, que conservar un corazón limpio, digno de Dios, significa *no mezclarlo, no contaminarlo* con afectos humanos, entonces el resultado lógico sería hacernos insensibles ante el dolor de los demás. Seríamos capaces sólo de una *caridad oficial*, seca y sin alma, no de la verdadera caridad de Jesucristo, que es cariño, calor humano” (ECP, 167). Y en otro lugar: el camino de Jesús “se resume en una única palabra: amar. Amar es tener el corazón grande, sentir las preocupaciones de los que nos rodean, saber perdonar y comprender: sacrificarse, con Jesucristo, por las almas todas. Si amamos con el corazón de Cristo aprenderemos a servir, y defenderemos la verdad claramente y con amor” (ECP, 158).

Con el racionalismo que dominó en la filosofía durante los siglos pasados, especialmente después de Descartes, la verdad del hombre tendió a ser referida solamente a la esencia abstracta, a la racionalidad y a la lógica, mientras que los sentimientos pasaron a ser considerados fenómenos irracionales, ciegos, superficiales, de adolescentes. Y esta actitud se hizo presente también entre cristianos, en parte tal vez por la influencia del rigorismo jansenista.

Pero la realidad es que la necesidad de amor está profundamente enraizada en el corazón del hombre, incluso más de lo que está en la mente el deseo de verdad. Si el corazón no se siente amado, la mente va detrás del corazón con sus miedos, con su necesidad irreprimita de ser reconocido y acogido, aceptando toda idea que haga al corazón sentirse apreciado. De ahí que el amor da sentido a la vida, y esto tanto más cuanto más hondo sea y más represente a nuestros ojos a la persona que nos ama; lo que llega a su cumbre cuando quien nos

manifiesta amor, y amor de Padre, es Dios, infinito y omnipotente.

2. Amar a Dios con todo el corazón

Como respuesta a Dios, que se encarna para amarnos con corazón de hombre, hemos de amarle con todo nuestro ser, con todo nuestro corazón. Es decir, no con un amor de pura admiración o en la distancia, y menos aún con un amor que viera a Dios como un mero dispensador de dones, sino con un amor verdadero, apasionado, al que se unen inteligencia, voluntad y sentimiento, y que ve en Dios al Amado hacia el que se dirige toda la persona. “Señor: que tenga peso y medida en todo... menos en el Amor” (C, 427).

Para llegar a ese amor, el camino es Cristo: contemplar a Cristo, amar a Cristo, enamorarse de Cristo, de su figura humana en la que se nos manifiesta la divinidad. Este enamoramiento se puede alcanzar gracias a la fe. Porque Jesús está vivo, resucitado, y quiere permanecer en intimidad con nosotros: “Permaneced en mi amor” (Jn 15, 9). Son numerosísimas las expresiones de san Josemaría en este sentido. Así, en una homilía en la fiesta de la Epifanía, ante el Niño Jesús envuelto en pañales al que los Magos proclaman rey de Israel, se preguntaba: “¿Dónde está el Rey? ¿No será que Jesús desea reinar, antes que nada en el corazón, en tu corazón? Por eso se hace Niño, porque ¿quién no ama a una criatura pequeña?” (ECP, 31). Y para eso se queda en la Eucaristía: “Considera lo más hermoso y grande de la tierra..., lo que place al entendimiento y a las otras potencias..., y lo que es recreo de la carne y de los sentidos... Y el mundo, y los otros mundos, que brillan en la noche: el Universo entero. –Y eso, junto con todas las locuras del corazón satisfechas..., nada vale, es nada y menos que nada, al lado de ¡este Dios mío! –¡tuyo!– tesoro infinito, margarita preciosísima, humillado, hecho esclavo, anonadado con forma de siervo en el portal donde quiso nacer, en el taller

de José, en la Pasión y en la muerte ignominiosa... y en la locura de Amor de la Sagrada Eucaristía” (C, 432).

Amar a Jesús con corazón humano quiere decir también amarlo radicalmente, queriéndolo Señor, Rey de nuestra vida, desde lo más hondo de nuestro ser: “Pero el Señor sabe que dar es propio de enamorados, y Él mismo nos señala lo que desea de nosotros. No le importan las riquezas, ni los frutos ni los animales de la tierra, del mar o del aire, porque todo eso es suyo; quiere algo íntimo, que hemos de entregarle con libertad: *dame, hijo mío, tu corazón* (Pr 23, 26). ¿Veis? No se satisface compartiendo: lo quiere todo” (ECP, 35). “No destruye el Señor la libertad del hombre: precisamente Él nos ha hecho libres. Por eso no quiere respuestas forzadas, quiere decisiones que salgan de la intimidad del corazón” (ECP, 100).

3. Tener corazón para todos

Cuando el amor de Dios anida en el corazón, se dirige también con fuerza hacia los demás. “En esto se conocerá que sois mis discípulos” (Jn 13, 35), ha dicho Jesús. El amor a los demás hace visible el amor a Dios. Pero no hay verdadera visibilidad si los demás no perciben el amor. No es verdadero amor el actuar de quien da cosas e incluso realiza obras sacrificadas, al tiempo que el otro nota que se le ayuda pero no se le ama. Quien ama, obra y se sacrifica; pero quien hace cosas que ayudan a los demás no siempre sabe amarlos. Este punto manifiesta propiamente el verdadero sentido de tener corazón. “Fijaos en que Dios no nos declara: en lugar del corazón, os daré una voluntad de puro espíritu. No: nos da un corazón, y un corazón de carne, como el de Cristo. Yo no cuento con un corazón para amar a Dios, y con otro para amar a las personas de la tierra. Con el mismo corazón con el que he querido a mis padres y quiero a mis amigos, con ese mismo corazón amo yo a Cristo, y al Padre, y al Espíritu Santo y a Santa Ma-

ría. No me cansaré de repetirlo: tenemos que ser muy humanos; porque, de otro modo, tampoco podremos ser divinos. (...) El amor humano, el amor de aquí abajo en la tierra cuando es verdadero, nos ayuda a saborear el amor divino” (ECP, 166).

Podemos pensar que amamos cuando nos sacrificamos por los demás o nos esforzamos por vivir bien las virtudes que se refieren a la relación con los demás. Pero no basta: el verdadero secreto es tener al otro en el corazón, para que sienta nuestra comprensión y amistad: “la caridad, más que en dar, está en *comprender*” (ECP, 123). “Si queremos ayudar a los demás, hemos de amarles, insisto, con un amor que sea comprensión y entrega, afecto y voluntaria humildad” (ECP, 167). Se puede decir que se tiene corazón cuando se tiene verdadero interés por quien se nos acerca, superando categorías, barreras, fronteras ideológicas, religiosas, de grupo. Incluso ante la barrera que puede representar el daño o la ofensa sufrida, el cristiano está llamado a perdonar; y a perdonar sabiendo reconocer que toda persona, también la que ha realizado el mal o incluso parece afirmarse en él, es capaz de arrepentimiento, pues el corazón conserva siempre, aunque sea entre rescoldos, la capacidad de amar. “Mi experiencia de hombre, de cristiano y de sacerdote me enseña todo lo contrario: no existe corazón, por metido que esté en el pecado, que no esconda, como el rescoldo entre las cenizas, una lumbre de nobleza. Y cuando he golpeado en esos corazones, a solas y con la palabra de Cristo, han respondido siempre” (AD, 74).

El mandamiento de la caridad, el mandamiento nuevo, está más allá de nuestras fuerzas. Como hacía notar Benedicto XVI a los seminaristas del Seminario Romano, el 12 de febrero de 2010, se trata ciertamente de un amor que imita a Cristo hasta el don de sí mismo, pero no en virtud de un heroísmo personal: “en este caso el cristianismo sería un moralismo heroico. Es

verdad que debemos alcanzar esta radicalidad del amor, que Cristo nos ha mostrado y donado, pero también aquí la verdadera novedad no es lo que hacemos nosotros, la verdadera novedad es lo que hace Él”. El cristiano no es un héroe que intenta poner en práctica el Evangelio en virtud de sus propias fuerzas, sino alguien que, consciente de su debilidad, se abre a la acción del Espíritu Santo. Prueba de que deja actuar al Espíritu Santo es exactamente el corazón humano, que se abre a toda persona que se hace prójimo, que resulta cercana. Por eso no se debe confundir la auténtica caridad fraterna con las “obras de caridad” realizadas sin verdadero amor: “Con frecuencia, los cristianos no hemos sabido corresponder a ese don; a veces lo hemos rebajado, como si se limitase a una limosna, sin alma, fría; o lo hemos reducido a una conducta de beneficencia más o menos formularia. Expresaba bien esta aberración la resignada queja de una enferma: aquí me tratan con *caridad*, pero mi madre me cuidaba con cariño. El amor que nace del Corazón de Cristo no puede dar lugar a esa clase de distinciones. (...) Para que se os metiera bien en la cabeza esta verdad, de una forma gráfica, he predicado en millares de ocasiones que nosotros no poseemos un corazón para amar a Dios, y otro para querer a las criaturas: este pobre corazón nuestro, de carne, quiere con un cariño humano que, si está unido al amor de Cristo, es también sobrenatural” (AD, 229).

4. Corazón puro

El corazón está hecho para amar y, dada la limitación humana, puede descariarse. Es necesario mantener el corazón puro evitando que se manche como consecuencia de alguna de las tres concupiscencias de que habla san Juan: concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida (cfr. 1 Jn 2, 16).

La soberbia de la vida, el orgullo, el colocarse por encima de los demás, el hacer

que nuestro pensamiento gire siempre en torno a nosotros mismos, empequeñecen el corazón, le hacen incapaz de amar, y lo condenan al aislamiento. “Te encuentras solo..., te quejas..., todo te molesta. –Porque tu egoísmo te aísla de tus hermanos, y porque no te acercas a Dios” (S, 709). “Arrancar de cuajo el amor propio y meter el amor a Jesucristo: aquí radica el secreto de la eficacia y de la felicidad” (S, 696).

La concupiscencia de la carne, la impureza en el sentido moral de la palabra, es un sucedáneo del verdadero amor, pues es fruto del amor egoísta, que busca el propio placer y no la unión con el otro, al que no se ama, sino del que uno se sirve. La virtud de la castidad, el dominio del propio cuerpo, lleva en cambio al amor verdadero. Y “para vivir la virtud de la castidad, no hay que esperar a ser viejo o a carecer de vigor. La pureza nace del amor y, para el amor limpio, no son obstáculos la robustez y la alegría de la juventud. Joven era el corazón y el cuerpo de San José cuando contrajo matrimonio con María, cuando supo del misterio de su Maternidad divina, cuando vivió junto a Ella respetando la integridad que Dios quería legar al mundo, como una señal más de su venida entre las criaturas. Quien no sea capaz de entender un amor así, sabe muy poco de lo que es el verdadero amor, y desconoce por entero el sentido cristiano de la castidad” (ECP, 40).

Es necesario mantener el corazón puro, libre, capaz de apasionarse, también humanamente, por los verdaderos amores, en el matrimonio o en el celibato: “Si tu ojo derecho te escandalizare..., ¡arráncalo y tíralo lejos! –¡pobre corazón, que es el que te escandaliza! Apriétalo, estrújalo entre tus manos: no le des consuelos. –Y, lleno de una noble compasión, cuando los pida, dile despacio, como en confidencia: «Corazón, ¡corazón en la Cruz!, ¡corazón en la Cruz!»” (C, 163). “He de repetirte que la existencia del cristiano –la tuya y la mía– es de Amor. Este corazón nuestro ha nacido para amar. Y cuando no se le da un afecto

puro y limpio y noble, se venga y se inunda de miseria. El verdadero amor de Dios –la limpieza de vida, por tanto– se halla igualmente lejos de la sensualidad que de la insensibilidad, de cualquier sentimentalismo como de la ausencia o dureza de corazón” (AD, 183). En este sentido, el celibato no es renuncia al corazón, sino empeño por amar con todo el corazón, como se ve en esta afirmación: “El Amor... ¡bien vale un amor!” (C, 171).

Ciertamente el corazón se deja captar por aquello que le atrae y es necesario contemplar los amores verdaderos para aprender a enamorarse; pero con frecuencia el ambiente rodea el corazón de atracciones que están fuera de lugar, o de miedos; y el cristiano, hombre o mujer, debe colaborar siempre con la gracia divina manteniéndose alejado de las tentaciones que pueden engañar el corazón: “lucha ascética, íntima, que cada cristiano debe sostener contra todo lo que, en su vida, no es de Dios: contra la soberbia, la sensualidad, el egoísmo, la superficialidad, la estrechez de corazón. Es inútil clamar por el sosiego exterior si falta tranquilidad en las conciencias, en el fondo del alma” (ECP, 73).

Finalmente, la concupiscencia de los ojos, que centra el corazón en la posesión de los bienes materiales que por sí mismos son buenos, pero que pueden, si el corazón se centra por entero en ellos, hacer perder el sentido de la vida: “Los bienes de la tierra no son malos; se pervierten cuando el hombre los erige en ídolos y, ante esos ídolos, se postra; se ennoblecen cuando los convertimos en instrumentos para el bien, en una tarea cristiana de justicia y de caridad. No podemos ir detrás de los bienes económicos, como quien va en busca de un tesoro; nuestro tesoro está aquí, reclinado en un pesebre; es Cristo y en Él se han de centrar todos nuestros amores, *porque donde está nuestro tesoro allí estará también nuestro corazón* (Mt 6, 21)” (ECP, 35). Todas las criaturas están finalizadas hacia el amor. Cuando

el corazón está lleno de amor verdadero, sabe ver en toda criatura el vehículo de su amor. Un corazón enamorado sabe apreciar todo aquello que Dios ha creado, pero sabe también apartarse cuando pone en peligro su verdadero tesoro. Un cristiano que tiende hacia la santidad, donde quiera que sea, “es capaz de admirar todas las bellezas y maravillas de la tierra, de apreciar toda la riqueza y toda la bondad, de amar con toda la entereza y toda la pureza para las que está hecho el corazón humano” (ECP, 138).

Y esto se aplica no sólo al círculo de las relaciones habituales, sino también respecto al bien social: “Un hombre o una sociedad que no reaccione ante las tribulaciones o las injusticias, y que no se esfuerce por aliviarlas, no son un hombre o una sociedad a la medida del amor del Corazón de Cristo” (ECP, 167). Un corazón que sabe amar no tiene nunca un horizonte pequeño, sino universal.

5. En el corazón de María

La Virgen María tenía siempre su corazón totalmente abierto a Jesús. Y, puesto que el verdadero amor ama los amores de la persona amada, María, dirigiendo en su propio corazón todo el amor hacia Jesús, mantenía –y mantiene– los lazos de amor que Jesús establece con cada uno de nosotros. Por esto aceptó la Cruz, puerta del amor de Jesús por cada persona humana, y por eso ha llegado a ser Madre nuestra. Innumerables son las expresiones llenas de ternura con las que el fundador del Opus Dei se dirigía a la Virgen; citemos una en la que se nos muestra como maestra de amor: “La Virgen Santa María, Madre del Amor Hermoso, aquietará tu corazón, cuando te haga sentir que es de carne, si acudes a Ella con confianza” (C, 504).

Voces relacionadas: Amistad; Amor a Dios; Carácter, Formación del; Caridad; Castidad; Celibato; Desprendimiento; Fraternidad; Lucha ascética.

Bibliografía: C, 146-171; ECP, 162-170; Ugo BORGHELLO, *Liberare l'amore*, Milano, Ares, 2000; LOUIS COGNET, “Cor et cordis affectus”, en DSp, II-2, 1953, cols. 2278-2307; Dietrich von HILDEBRAND, *El corazón. Un análisis de la afectividad humana y divina*, Madrid, Palabra, 1997.

Ugo BORGHELLO

COSAS PEQUEÑAS

1. Noción.
2. Ámbito de las cosas pequeñas.
3. Relación con el mensaje fundacional.
4. Fundamento teológico.

La vida cotidiana de todas las personas se compone de hechos, circunstancias, acciones, relaciones habituales, costumbres, en su mayoría aparentemente sin relieve, de modo que por su carácter repetitivo pueden ser vividos de modo rutinario y superficial. Pero la mirada atenta, unida a una motivación noble, descubre allí modos de servir y de hacer la vida más humana. Es el valor antropológico de lo pequeño, que requiere el giro del interés propio hacia el bien de los otros y se experimenta como un vencimiento gratificante. El cristiano, y así lo enseñó san Josemaría, por la fe y con la ayuda de la gracia, puede encontrar en ese entramado constantes ocasiones de amar a Dios y al prójimo.

1. Noción

La espiritualidad cristiana, ya desde los tiempos apostólicos, considera esa posibilidad como una dimensión ordinaria de la vida de la gracia, aunque rara vez se detiene a comentarla con detalle. Algunos autores clásicos han destacado, con diferentes enfoques, la importancia de las cosas pequeñas para avanzar en la práctica de virtudes y crecer en amor de Dios, como es el caso del jesuita Alonso Rodríguez (1538-1616) con su obra de amplia difusión *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, y el de la carmelita santa Teresita del Niño Jesús (1873-1897), que en los manuscritos

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.